

Memoria confiscada

María José Vazquez (Argentina)

mjvazquez@ciudad.com.ar

Investigadora, Inst. Investigaciones Pedagógicas Marina Vilte

Dora Eloísa Bordegaray (Argentina)

dbordegaray@yahoo.com.ar

Profesora en Historia

Miembro del Programa de Educación Intercultural Bilingüe

Presentación

La ponencia que presentamos es una reflexión conjunta sobre la experiencia compartida en talleres de capacitación a docentes y auxiliares indígenas en las provincias de Santa Fé, Chaco y en la Ciudad de Buenos Aires de la República Argentina. Se enmarca en el trabajo con escuelas que atienden poblaciones originarias. En ellas, la tarea docente es llevada adelante por una pareja pedagógica: un maestro criollo comparte el espacio áulico con un docente auxiliar que pertenece a la comunidad indígena.

En primer término, es necesario aclarar que por *capacitación*, entendemos el análisis crítico de nuestras prácticas docentes y desde ese sentido nos preguntamos sobre la historia que enseñamos. Una historia que es reconstrucción del pasado desde un presente que nos exige definiciones o, por lo menos explicitación de nuestras posturas y miradas frente a las relaciones de poder, tanto en ámbitos locales como en el nacional y mundial.

Los docentes y la historia

El neoliberalismo ha tenido la capacidad de constituirse en el sentido común de la sociedad occidental actual. Desde el punto de vista de la historia o quizás de la ciencia histórica ha devenido en ideas como las de Francis Fukuyama sobre El fin de la Historia.

En la institución escolar el problema de la enseñanza de la historia ha venido complejizándose desde las últimas décadas. El docente frente a su aula siente la necesidad de desmadejar las relaciones de tipo feudal y colonial, de cacicazgo y clientelismo que conforman nuestra sociedad, para justificarlas, si comparte ese sentido común mencionado en el párrafo anterior o para mostrar su historicidad si es crítico de la desigualdad.

La historia “académica conservadora” (por darle un nombre) con sus sucesiones de gobiernos y batallas y su enfoque elitista no puede enseñarse más porque a nadie le interesa aprenderla. Las versiones del “materialismo histórico” que llegaron a los docentes son en su mayoría,

simplificadas, deterministas, casi “catequísticas”.¹ Por último, las interpretaciones que siguen la línea de los Annales, si bien podrían calificarse de poco conocidas en gran parte de las escuelas, producen una fragmentación de la historia y de los sujetos históricos que no ayuda a explicar los procesos a estudiar. Es por eso que la búsqueda de alternativas a la conformación excluyente y desigual del mundo moderno, exige un esfuerzo de deconstrucción de lo dado. Esto requiere el cuestionamiento a las pretensiones de objetividad y neutralidad de los instrumentos de naturalización y legitimación de este orden social y entre ellos la historia es especialmente indicada para ayudar en ese camino de cambios.

Memoria e Historia

Una de las herramientas para garantizar al poder el control de las mentalidades es confiscar en provecho de ese poder la memoria colectiva. Algunas técnicas de esa manipulación que favorecen la naturalización de las relaciones son: la delimitación del campo de lo memorable² y su consecuencia directa la selección de aquello a lo que se le da el status de hecho histórico; la supresión y fabricación de nuevos hechos históricos; la creación de nuevas mitologías; la permanente actualización de las representaciones del pasado en función de las necesidades políticas e ideológicas del presente, etc.

La tarea de reconfigurar la memoria es muy compleja y se funda ideológicamente sobre la base de un progresismo civilizatorio conjugado con la idea de un ciudadano moderno que hay que formar. Lo que caracteriza a este hombre es que se trata de un individuo desligado radicalmente del pasado, una tabla rasa que necesita de la interpretación de su historia, pero no una interpretación propia, sino la que el poder le ofrece.

Para este ciudadano moderno el poder tiene una representación ideal del pasado en la que deberá reconocerse a sí mismo y por el que se espera será reconocido por los demás. Esta representación cumple un sólo objetivo que está en función del sistema social y político de quien ejerce el poder. El poder sólo legitimará una historia y cultura concebidas de este modo, por consiguiente esta historia no sería más que una variante local, con algunas particularidades, del esquema de la historia conquistadora y “transparente” de Europa.

No corresponde examinar todas las versiones de ese proyecto que han variado en función de circunstancias y de los destinatarios³. Lo que nos importa es ver la historia en su más simple expresión destinada a la difusión más amplia, en particular por intermedio del sistema educativo. Vamos a centrarnos en tres líneas-fuerza de esta historia:

La ruptura con el pasado. Ruptura en la medida que hay una nueva etapa que se afirma en una sociedad moderna, racional que va a superar el atraso, también llamado barbarie. Argentina emprende el camino de la Historia y pretende así, salir definitivamente de todos los “callejones

¹ Fontana Joseph, “La historia después del fin de la Historia”, Editorial Crítica, Barcelona, 1992

² Candau, Joel, “Memoria e Identidad”, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 2001

³ Quatrochi-Woisson, Diana, “Los males de la Memoria. Historia y política en Argentina”, Emecé editores, Buenos Aires, 1995

sin salida” que ha tenido en el pasado. Surge la voluntad, reafirmada en más de una oportunidad, de subrayar la importancia para la historia nacional, del período más reciente, de resaltar sus aciertos sociales y económicos, sus éxitos en todos los ámbitos. Para ello es necesario implantar un nuevo simbolismo, un nuevo ritual del poder que lo administra y encarna. Pueden servir como ejemplos las acciones de Bartolomé Mitre, nuestro primer historiador, en las décadas de 1860 y 1870 escribe sus “Historia de Belgrano y de la independencia argentina”, “Historia de San Martín y de la emancipación suramericana”, “Galerías de hombres célebres”, dejando demarcado lo que debe recordarse. Solamente se revalorización una sola memoria: la de la elite o la que le es funcional a ese grupo. Quedan silenciadas las otras memorias, las de “los perdedores” del proceso de las guerras civiles argentinas. Estas memorias volverán a aparecer tiempo después como “contrahistoria” sin superar el maniqueísmo y la simplificación de lo que criticaban. La aparición de los historiadores llamados revisionistas no resultó una superación de los problemas de la historiografía tradicional argentina⁴.

En este mismo sentido operó el ocultamiento del genocidio indígena de la Conquista española o del pueblo paraguayo durante la Guerra de la Triple Alianza. Hasta la última dictadura militar (1976-83) operó sobre qué debía recordarse y qué no en las escuelas. Con anterioridad diversos grupos de poder intentaron manipular la historia con resultados disímiles: en la década del 30 los nacionalistas católicos lograron importantes avances en su proyecto de “confesionalización de la historia”⁵. Otro ejemplo puede buscarse a comienzos de la década de 1970 cuando se propiciaron en toda América Latina reformas educativas; en Argentina la editorial Magisterio del Río de la Plata llegó a publicar libros de historia en los que se hablaba de la Revolución de Mayo sin mencionar a Mariano Moreno, supuestamente por ser demasiado revolucionario⁶. *Falta de continuidad histórica.* Es consecuencia directa de la situación descrita y produce la sensación de pertenecer a un pueblo sin raigambres, que está constantemente comenzando desde cero. En ese sentido podríamos decir que los argentinos vivimos más cerca del relato mítico que del análisis histórico⁷.

Legitimar por medio del pasado las relaciones actuales. Las relaciones de dependencia política y económica son exaltadas como una alianza libre fundada en la amistad entre los pueblos, ésta presentada como única garantía real de su soberanía. De estas relaciones de dependencia surge la necesidad de resaltar algunos aspectos del pasado y demostrar los efectos nefastos para los pueblos de algunos eventos cuya responsabilidad recaía en la barbarie de estas tierras. Se observa un mutismo en lo que se refiere a la existencia misma de los conflictos.

Fragmentación del relato histórico. La división de los estudios en parcelas bien separadas dentro de un proceso: el aspecto social, el económico, el político, etc. es necesaria para el análisis pero no llega a ser Historia si no puede establecerse una visión de conjunto donde el protagonismo del

⁴ Quatrocchi-Woisson, opus cit.

⁵ Zanatta, Loris, “Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo 1930-1943”, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2002

⁶ Corbière, Emilio, “Opus Dei. El totalitarismo católico”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2002

⁷ Además de los innumerables trabajos sobre el tema desde la antropología, desde la Historia revisar los clásicos trabajos de: Le Goff, Jacques, “Pensar la historia” y “El Orden de la Memoria. El tiempo como imaginario”; Paidós, Buenos Aires, 1991

acontecer histórico sea el ser humano, porque la Historia es “ciencia de los hombres en el tiempo”⁸.

Es reveladora la importancia que da el poder a la tarea de controlar el pasado. Así vemos como la enseñanza de la historia se confunde con una instrucción cívica que sirve para difundir mitos nacionales fundadores. El adoctrinamiento por medio de la escuela es un elemento del dispositivo destinado a extirpar toda memoria no conforme con los modelos impuestos y amordazar cualquier palabra independiente.

La memoria como resistencia

En los sectores populares, sobre todo en las comunidades indígenas se esconde la memoria y una tradición viva conservada en la reproducción de símbolos y prácticas. La “gente simple”, “la masa” no debe ser concebida como un ser inválido intelectual o socialmente, al que se debe guiar, por su propio bien, hacia la luz del entendimiento. Las raíces ideológicas de ese desprecio se remontan lejos, a una suerte de elitismo en el que los profesionales y los maestros son los únicos poseedores de la verdad.

Investigar esa memoria colectiva sería develar la historia de un sistema enfrentado con la resistencia de las representaciones, resistencia que el poder no logra comprender ni quebrar. Tenemos aquí la historia de las mentalidades que no ceden. Si la intención totalitaria del poder permanece constante, el proyecto de confiscar la memoria colectiva choca contra la resistencia de la tradición. Cuanto más grande es la resistencia más condenado está el poder a andar con rodeos, a tergiversar y a llegar a una transacción.

No nos corresponde hacer aquí la reseña de la política del poder en materia de memoria colectiva, de sus tan sinuosas tentativas de domesticarla y administrarla. Sólo queremos dejar en claro que en muchos casos el poder está condenado a pactar con la memoria colectiva, a considerar las tradiciones y las representaciones del pasado como elemento esencial de la vida social.

Por todo esto, es necesario que hoy iniciemos la recuperación de los acontecimientos, los lugares, los símbolos de un pasado encubierto para, de esta manera, recuperar manifestaciones de la memoria colectiva así como para reconquistar el pasado confiscado. Ya que la memoria colectiva sólo existe y se ejerce sobre un pasado concreto, reactualizado desde el presente, no se ejerce de otro modo más que en un campo simbólico determinado, por el juego de una red de representaciones, de rituales y de estereotipos que evocan un pasado específico, lo modelan y lo conectan con las experiencias del presente y con la aspiraciones del porvenir.

Las manifestaciones de la memoria colectiva forman parte de los conflictos y de los combates que se sitúan en el presente. La reivindicación del derecho al pasado, al ejercicio de la memoria colectiva se inscribe en un contexto más amplio, el de la reconquista de manos del poder y por parte del pueblo de un campo simbólico, liberado del monopolio ejercido. *Esto exige “asumirse en*

⁸ Bloch, Marc, “Introducción a la Historia”, Breviarios del FCE, 10° reimpresión, Méjico, 1980

tanto históricamente determinado, pero a la vez a salirse de sí mismo para no quedar reducido a la condición de producto histórico. Salirse en aras de la propia realización de su subjetividad y de la construcción social en la que pueda reconocer, enriquecida, su identidad”⁹

Y, los docentes ¿qué?

No compete al docente escribir o re-escribir la historia. Pero sí formarse y formar sujetos/ ciudadanos que puedan posicionarse dignamente frente al presente que les toca vivir. Esto es percibiendo el presente no en su condición efímera sino en su posibilidad de proyecto hacia un futuro con menos desigualdad. Por lo tanto, debe contrastar las versiones de la historia construidas por “otros” ajenos al grupo social que tiene en su aula. En el caso que analizamos, el de las memorias de comunidades indígenas o de sectores populares marginados el docente debe priorizarlas. Su relevamiento pueden dar indicios de una complejización de la mirada sobre el pasado: subsanando olvidos y supresiones, revelando aspectos desconocidos por la “historia oficial”, mostrando las raíces del presente y la existencia de colectivos que son velados por los intereses de los sectores hegemónicos.

⁹ Zemelman, Hugo. “Problemas Antropológicos y Utópicos del Conocimiento”. México, El Colegio de México, 1997